

ANTES DEL REGRESO DEFINITIVO

MERCEDES FERNÁNDEZ-MARTORELL

Universitat de Barcelona

mfernandezmartorell@gmail.com

Veinte años antes de terminar toda su exploración como antropólogo, Claudi Esteva Fabregat regresó al punto en el que tomó contacto con esa profesión: México.

De España huyó de joven sabiendo que en este país uno no debía ser demasiado crítico ni enjuiciador sobre cómo operaba el sistema social que acababa de imponerse: la dictadura militar. Regresó más de treinta años después con la determinación de dar a conocer a los españoles, a los catalanes, cómo interpretar y alterar el sistema de vida que a tantos tiranizaba a través de la educación en antropología.

Operó entre quienes lo escuchamos una fascinante apertura en nuestra mente.

Cuando cumplió setenta años, la Universidad española lo expulsó de las aulas y México lo invitó a reincorporarse para impartir sus conocimientos en la Universidad de Jalisco. Muy poco antes de poner el fin definitivo en todos sus quehaceres como antropólogo, regresó al punto del que, de joven, partió: Barcelona.

Comprendo por qué he experimentado tanta dificultad en concretar esta despedida; es hacia Claudi, hacia su ausencia, el lugar al que se dirigen todas las cuestiones que hoy me planteo y que adquieren sentido, las que me hago como antropóloga, ya que gracias a él he podido existir como profesional.



Mercedes Fernández-Martorell i Claudi Esteva Fabregat. Barcelona 2017 © Berta Alcañiz.

Este mes de agosto me invitaron a participar en el 56.º Congreso Internacional de Americanistas en Salamanca y allí conocí, gracias a la antropóloga Florence Rosemberg, al filósofo y antropólogo físico José Luis Vera Cortés. Cuando era director de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en el año 2015, preparó la celebración del 75.º aniversario de su fundación. Fue él quien invitó a varias antropólogas y antropólogos a reflexionar sobre su propia experiencia formativa en la ENAH. Uno de ellos era Claudi Esteva Fabregat. José Luis recuerda que Claudi no preparó un documento escrito, por lo que el texto que presento a continuación es la transcripción que se hizo de su participación oral.

Este es el testimonio que Claudi quiso ofrecer de sí mismo en aquel aniversario y en el que explicaba cómo fue su vida como alumno y profesor entre 1947 y 1960. Vida y aprendizaje que tanto atañen a quienes fuimos sus alumnos.

El texto se publicó originariamente en el libro *75 años ENAH*. Compilador: José Luis Vera Cortés. México: Editorial Brújula, 2016.

**Escuela Nacional de Antropología e Historia.
Memoria de un exalumno y profesor: 1947-1960**

Claudio Esteva Fabregat

De los recuerdos que guardo de la ENAH, sobre la experiencia como alumno y, luego, como profesor, me gustaría destacar el periodo comprendido entre los años 1947 y 1960, años sobre los que actualmente estoy escribiendo. Estas líneas tratan en gran medida de las influencias que recibí de la antropología dominante en aquel entonces. La ENAH de aquel momento concebía la enseñanza de la antropología como la integración de cuatro ramas principales: la antropología física, básicamente antropometría; arqueología y prehistoria; etnología; y lingüística, con la aproximación propia de la antropología aplicada. La contribución técnica y teórica de la etnohistoria permitía entender la antropología de un modo integral, es decir, permitía tener una visión holística de los avances en el conocimiento antropológico.

Tanto yo como mis compañeros recibimos una formación en las disciplinas de las cuatro ramas, con especial referencia a la descripción etnográfica que las integraba. Mi interés particular por la etnología se centraba en los enfoques históricos sobre evolucionismo y difusionismo, así como por las influencias del funcionalismo según lo concebía Bronisław Malinowski; también ponía especial atención al historicismo, gracias al que pude acercarme a los estudios del periodo prehispánico y de sus procesos de cambio cultural. Más tarde, con Robert Redfield y sus discípulos Fernando Cámara Barbachano y Alfonso Villa Rojas, fui testigo de la influencia de la antropología social británica, que se trataba en realidad de una respuesta al historicismo que dominaba la etnología de la ENAH. Aunque, en cierto modo, el marxismo impregnó los conte-

nidos de la antropología social, no llegó a ejercer su influencia teórica. En todo caso, hablo en todo momento de escuelas, incluida la que inicié sobre cultura y personalidad. Esta última integraba la idea de que los estudios psicoanalíticos transversales que analizan el colectivo cultural, en lugar del psicologismo individualista, pueden generar un enfoque de etnicidad; enfoque resultante del análisis de los componentes etnográficos —en los que intervienen diversas influencias— del contenido teórico de las monografías de campo.

En la antropología mexicana predominaba el estudio y análisis de la cultura mexicana, en especial la prehispánica. La cultura colonial, por rechazo político de la conquista española, se había convertido en un tabú etnográfico, hasta el punto de que todavía es un asunto pendiente el estudio del periodo español, que debería incluir enfoques antropológicos sobre los mestizajes bioculturales en la Nueva España y analizar los procesos de composición de una cultura nacional, en este caso, la que se emprendió a partir de los movimientos de independencia. De hecho, el énfasis en Mesoamérica, introducido por Paul Kirchhoff, se convirtió en la toma de contacto de los antropólogos con la cultura prehispánica.

Cabe destacar que, en mi opinión, la antropología mexicana ha tenido una presencia activa en la sociedad nacional del país americano, que con frecuencia se ha ignorado en otras partes del mundo. Muestra de ello fue la fundación tanto de la ENAH como de otros centros en diferentes partes del país, como el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Dirección de Etnología y Antropología Social (INAH y DEAS), el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y, asimismo, algunas universidades privadas, sobre todo en el Distrito Federal. Como causas de la escasa representación internacional de la antropología mexicana, se puede alegar que los antropólogos mexicanos habitualmente no se han significado por trasladar sus intereses a otros lugares del mundo. Sin embargo, como comunidad científica, la de los antropólogos mexicanos es la más importante del mundo tras la de Estados Unidos. Sin embargo, la diferencia esencial entre México y Estados Unidos en materia de antropología reside en que los mexicanos han orientado sus investigaciones a su

propio país, pues generalmente no tenían lugar expediciones fuera de México. En cambio, a pesar de que los estadounidenses también se han interesado por temas nacionales, en especial los relacionados con los indios del país, han ampliado sus intereses a través de un amplio abanico de estudios en diferentes países del mundo y sus trabajos han abarcado la totalidad del planeta.

Esta circunstancia ha supuesto el reconocimiento de Estados Unidos como la primera potencia tanto en el conocimiento generado a través de sus trabajos de campo como en la creación y desarrollo de sistemas de análisis. Sin lugar a dudas, la antropología estadounidense constituye una actividad académica y de investigación superior a la que se haya desarrollado en cualquier otra nación, lo que hace de aquel país valedor del reconocimiento de la primera posición científica dentro de la antropología. Así las cosas, a México le corresponde la segunda.

Por propia convicción y tras analizar durante mi estancia en la ENAH el desarrollo de la antropología en México, llegué a la conclusión de que la antropología mexicana era un producto histórico de la Revolución mexicana, pues a raíz de su triunfo se pretendía construir un país donde la cultura nacional resultara el ingrediente activo. De esta manera, la orientación de la ENAH allanaba y perfilaba este camino, esencialmente mediante el estudio de las culturas indígenas mexicanas. Por entonces, los análisis del indigenismo ponían el acento cognitivo en su pluralidad y llegar a establecer la difusión de una cultura nacional se convirtió en la principal motivación de los ideales del Instituto Nacional Indigenista (INI).

Este proceso pudo tener lugar gracias a que el México revolucionario fue generoso con la pluralidad étnica y con la diversidad interior. Al mismo tiempo, desde un punto de vista histórico, se pretendía unir los resultados de las investigaciones a los ideales políticos de la Revolución mexicana.

En este contexto no es difícil entender el momento histórico en que se iniciaba la formación de la antropología mexicana. Téngase en cuenta, por lo tanto, que fue una creación adoptada por las autoridades políticas de México. En concreto, se pretendía estudiar científicamente los modos culturales indígenas, comprender el origen de sus diferencias de identidades lingüísticas y proporcionar análisis y resultados que per-

mitieran mediante el conocimiento incorporar de manera realista a los grupos indígenas en la vida nacional mexicana.

El hecho de contar con antecedentes de estudios similares en Estados Unidos favorecía en gran medida el planteamiento científico aplicado con respecto a las poblaciones indígenas. De manera que esta circunstancia condujo a impulsar la implicación de Franz Boas en el proyecto antropológico de México. Es así que Boas reprodujo en la ENAH el enfoque de las cuatro ramas que proporcionaba una visión interdisciplinar a los estudios antropológicos, al mismo tiempo que introducía una aproximación al holismo cultural. El método etnográfico que unificaba en una sola expresión descriptiva el conocimiento sobre cada unidad étnica indígena facilitaba concebir integralmente la cuestión indígena.

A este respecto, el enfoque etnográfico que reunía el conocimiento interdisciplinar se proponía unificar el concepto de antropología. La ENAH fue, pues, en origen, una escuela antropológica al servicio de la Revolución mexicana y, por extensión, orientó su labor al entendimiento de la cultura nacional con la integración de sus componentes indígenas, así como tuvo en consideración las aleaciones políticas que siguieron al periodo independiente, marcado por la homogeneidad política.

En este sentido, era lógica la intención de abordar el estudio de las culturas indígenas del país desde la perspectiva científica que le ofrecían los antropólogos que ya tenían experiencia de campo y académica, como era el caso de Franz Boas y de Manuel Gamio. Ambos estudiaron la región del valle del Mezquital; estas experiencias constituyeron los primeros antecedentes de la antropología mexicana. Se partía del supuesto de que el enfoque antropológico, el que se pretendía adoptar, era el medio objetivo para entender el proceso histórico de las sociedades indígenas del país, consideradas excluidas del conjunto de la sociedad mexicana nacional.

No hay duda, pues, del primordial interés político de tal empresa, ya que la ENAH era una institución gubernamental patrocinada por el Gobierno de la Revolución mexicana. Y no teníamos duda alguna de que para llevar a cabo dicho objetivo se pretendía incorporar al proyecto de construcción de una identidad nacional mexicana, sin daño moral, a las

sociedades indígenas, lo que incluía, igualmente, su propia concepción de identidad nacional.

Así, debido a que las sociedades indígenas mexicanas carecían de un proyecto nacional propio y, de hecho, en sus respectivas culturas no se concebían las estructuras de la sociedad nacional mexicana, la antropología les podía proporcionar los elementos de cambio necesarios para que se integraran a aquellas. Esta incorporación cultural a las instituciones del país conducían, asimismo, a procurarles ventajas de progreso material en la sociedad nacional mexicana.

Dado que el principal interés de los antropólogos se centraba en la época prehispánica, el argumento historicista estuvo muy presente y no se vio sustituido por el enfoque de campo —es decir, funcionalista, empírico—, propio de los investigadores, hasta que no se canalizaron los intereses del indigenismo militante a raíz de la fundación del Instituto Nacional Indigenista. Así pues, puedo afirmar que el historicismo y el funcionalismo constituyeron los enfoques predominantes para explicar los fenómenos culturales del México indígena prehispánico y del México indígena contemporáneo. Se advierte, por lo tanto, que el México colonial no estaba presente en la información etnográfica y esta carencia es todavía una de las debilidades de la antropología mexicana.

Cabe destacar que la ideología nacionalista impregnó una gran parte de los enfoques y orientaciones de la antropología de campo durante sus inicios y primeros pasos. Según esta perspectiva, el planteamiento de la mexicanidad se asociaba con la idea de que el progreso de los pueblos indígenas dependía de su toma de conciencia política como parte de una identidad cultural mayor que debía ser su referente último, la identidad mexicana. Además, el patriarcalismo era uno de los principales rasgos presentes en la implementación, por ejemplo, de las cartillas de alfabetización y de los contenidos de las medidas de seguridad sobre las que se intentaba formar a los indígenas para que se defendieran de los actos de los ladinos o mestizos que amenazaban a las comunidades locales. Dentro del mencionado contexto, si las poblaciones indígenas no aportaban un proyecto nacional propio a la identidad mexicana, se pretendía hacer lo propio según la visión de la política resultante de la Revolución de 1910. Por lo tanto, la antropología de esta primera época se podía ca-

lificar de aplicada y se pretendía que diera respuestas a la problemática política de México canalizada, por lo tanto, a través de la ENAH.

Es lógico concebir la ENAH de aquel tiempo como la expresión de los ideales revolucionarios representados por el Gobierno de la nación, por lo que incluía el idealismo nacionalista de aquel tiempo. Nacionalismo, asimismo, reforzado por la idea de que todos los esfuerzos del país debían dirigirse a establecer la unidad cultural necesaria para la homogeneización política del país, independientemente del hecho de la amplia pluralidad identitaria de los mexicanos.

Como he apuntado, la orientación de la ENAH, en consonancia con el proyecto nacional, incorporaba los principios de la Revolución mexicana. Así, desde el comienzo, se procuró la formación de antropólogos dispuestos a cooperar en el estudio de la historia mexicana prehispánica. La arqueología y la etnología fueron los instrumentos de una metodología aplicada a los trabajos de campo que, en muchos casos, se identificó como antropología a secas, pues se sobrentendía que la antropología física, etnología, arqueología y lingüística formaban parte de las enseñanzas comunes de los alumnos de la ENAH.

Por lo tanto, se partía de la certidumbre de que un egresado de la ENAH era antropólogo porque su preparación y enfoque de investigación era holístico, por lo que cuando se especializara en el ejercicio de alguna disciplina en particular no obviaría el hecho de que el estudio del ser humano implica esta perspectiva boasiana. Si el ser humano era una especie integrada en el discurso cultural, los aspectos biológico e histórico también complementaban la comprensión global antropológica. Eso explica que la antropología física estuviera especialmente vinculada a los análisis de la arqueología o que la etnología y la lingüística estuvieran presentes en los trabajos y consideraciones de la antropología física y de la arqueología; unas y otras disciplinas se complementaban en los análisis antropológicos.

El espíritu académico dominante en la ENAH residía, precisamente, en la incorporación y presencia en el conocimiento antropológico de las cuatro ramas mencionadas y, por lo tanto, en la preparación académica de sus alumnos con este objetivo. Esta convergencia interdisciplinaria constituía un claro acicate que inducía a estudiar Antropología en México.

En este sentido, era habitual tratar sobre cuestiones de arqueología sin olvidar, al mismo tiempo, las aportaciones de las otras tres disciplinas; con el mismo fin disponíamos de un laboratorio de lingüística. Los conocimientos técnicos incluían las cuatro ramas, de manera que, por ejemplo, una cuestión de arqueología suponía tener en cuenta el ámbito de la etnología o algunas de las pruebas que se aportaban se obtenían de otras ramas; todas estas disciplinas desempeñaban un papel importante, tanto por sí solas como en dependencia con las otras ramas, con el objetivo de que el antropólogo obtuviera explicaciones coherentes.

La ENAH fue, desde el comienzo, la expresión del proyecto mexicano que pretendía estudiar los grupos indígenas en sus diferentes lugares históricos. En primer lugar, se propuso producir un inventario cultural, etnográfico, de todos ellos. Con este objetivo, la investigación empírica se dirigió a producir monografías sobre las poblaciones indígenas, de manera que el ámbito de la cultura nacional mexicana se excluyó del conocimiento antropológico hasta el punto de que ser antropólogo era equivalente en aquel momento a estudiar grupos indígenas. Era impensable investigar con el método y enfoque propios de la antropología al resto de la sociedad mexicana; cualquier programa tenía por contenidos específicos el referente indígena.

Obviamente, se estaban acumulando grandes cantidades de trabajos de campo y se estaban estudiando las fuentes históricas, prehispánicas para ser más exactos: los trabajos de los misioneros del siglo XVI, que aportaban información interesante para la descripción del mundo indígena. Por lo tanto, la historia era una disciplina muy apreciada debido al planteamiento de la ENAH. En este sentido, se diferenció entre los mundos nahua y maya, que ocupaban las regiones del centro y el sur de México. Estas zonas protagonizaron importantes actuaciones de la arqueología, en primer lugar, y de la etnología que, en combinación con la etnografía, dio lugar a la etnohistoria.

Tampoco hay duda de que quienes empezaron a estudiar en la ENAH eran alumnos que apoyaban la vertiente empírica de la antropología y que, además, apoyaban la línea ideológica de la Revolución mexicana, fresca todavía en las mentes del profesorado que pretendía erigir una primera identidad histórica. El ambiente académico de la naciente

ENAH se vinculó al estudio de los movimientos indigenistas y de las repercusiones que la época prehispánica tuvo en la sociedad contemporánea.

Recuerdo a este respecto la importante incorporación de los alumnos que venían de otros países para estudiar Antropología a la ENAH, en especial, de aquellos que comprendían mejor el indigenismo mexicano por analogía con los problemas nacionales de sus propios Estados iberoamericanos. Por esta razón, en la ENAH no solo estudiaban alumnos mexicanos, sino que lo hacían ciudadanos de Iberoamérica que tenían experiencias políticas semejantes a las de México. Había alumnos de Estados Unidos y veteranos de guerra becados por su Gobierno. Asimismo, se encontraban jóvenes procedentes de diversos países europeos, entre los que predominaban los exiliados españoles.

Este componente internacional propiciaba un ambiente fructífero. Recuerdo, por la parte mexicana, a Alfonso Caso, Gonzalo Aguirre Beltrán y Julio de la Fuente. De la ENAH, me acuerdo de Pablo Martínez del Río, Ignacio Bernal, Wigberto Jiménez Moreno, Eusebio Dávalos Hurtado, Arturo Monzón, Fernando Cámara Barbachano, Alfonso Villa Rojas, Daniel Rubín de la Borbolla y Miguel Covarrubias, entre otros. Además, también formaban parte de ella Paul Kirchhoff, Isabel Kelly, Johanna Faulhaber y Pedro Armillas. Había quienes venían de Estados Unidos gracias a los intercambios, como el lingüista Stanley Newman. A todos ellos hay que agregar a los profesores procedentes de países europeos, como quienes habían llegado a causa del exilio español, en particular, Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas y José Luis Lorenzo; José Miranda, Nicolau D'Olwer y el filólogo Amancio Bolaños e Isla engrosan una larga lista entre otros muchos cuyos nombres no recuerdo.

La ENAH era una escuela de confluencia teórica internacional. Junto a los mexicanos, alumnos y profesores extranjeros acudían con casos semejantes a los de México y las comunidades indígenas, casos que emergían a la palestra política de sus naciones, como el exilio. La ENAH encarnaba el único entrenamiento académico superior para muchas de estas cuestiones planteadas. Por lo tanto, en la ENAH no solo se trataban asuntos mexicanos. Los profesores venidos de otros países, luego ejercieron como antropólogos en sus países de origen e, incluso, como

directores de instituciones indigenistas, en Iberoamérica, y universidades, distribuidas en otras partes del mundo. De manera indirecta, la dimensión de la ENAH en este periodo era internacional. En gran medida, la ENAH, además de ser el hogar académico de la antropología iberoamericana, se convirtió en un referente académico internacional de la antropología en América.

El proyecto que tomó forma en la ENAH hizo realidad una enseñanza e investigación específicas en el seno de la antropología y repercutió en un beneficio directo para el gran proyecto de nación mexicana que había centrado el discurso de los revolucionarios de 1910. Resultó ser un esfuerzo económico con una indudable utilidad pragmática, tanto para México como para las naciones iberoamericanas donde se fundaron instituciones a semejanza de la ENAH. Los institutos indigenistas en esos otros países americanos recibieron la gran influencia de México mediante la consulta que hacían de sus propios asuntos en lo referente a las políticas indigenistas.

Esta, en definitiva, es la memoria resumida que tengo como alumno y como profesor de la ENAH entre 1947 y 1956. Con ocasión del presente aniversario de su fundación y según mis propios deseos: ¡larga vida a la ENAH!

Agradezco al profesor José Luis Vera Cortés, así como a la ENAH y a todas las personas involucradas en esta publicación, que hayan considerado incluirla en el presente homenaje impulsado por el Departamento de Antropología Social de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona.

Somos muchos en España los que tenemos una deuda infinita con Claudi Esteva Fabregat y con su formación en México. Gracias.